

MARK TWAIN

Cartas de amor



Twain dejó escrito: «El producto más franco, más libre y más privado de la mente y del corazón humano es una carta de amor». Este epistolario inédito hasta ahora en español (que abarca desde el noviazgo de la pareja en 1867 hasta la muerte de Olivia «Livy» Langdon en 1904) revela no sólo la íntima parcela sentimental del genial escritor estadounidense, sino también el aspecto profesional de su carrera. En muchas de las cartas aparece el espíritu filantrópico del novelista, su sentido de la solidaridad y su hondo desasosiego por el ser humano. Pero, sobre todo, como bien señala Rubén Pujante Corbalán en su postfacio, la utilización maestra del humor es «el matiz que fluctúa en la correspondencia como testimonio de un estilo personal. Son las anotaciones humorísticas, los pequeños comentarios jocosos, los chistes y anécdotas graciosas los que amenizan la lectura de las cartas y despiertan la sonrisa y la carcajada complaciente del lector».

[ELMIRA] LUNES, 12 DE LA NOCHE
[7 DE SEPTIEMBRE DE 1868]

Mi Honorable «Hermana», me siento fuertemente impulsado a decirte lo mucho que te agradezco, a ti y a todos vosotros, la paciencia, la consideración y la incondicional amabilidad que me habéis demostrado desde que vuestro techo me cobijó, y que han hecho que estas dos últimas semanas sean el único periodo perfecto de mi vida, excepto por un detalle. Perfecto, excepto por un detalle. Lo digo deliberadamente. Porque no me arrepiento de haberte querido, de seguir queriéndote y de quererte siempre. Acepto la situación con resignación, por muy dura que sea. Los años me han hecho conocer el dolor, el desastre y la decepción, y he soportado estas dificultades hasta convertirme en un hombre. Así pues, también soportaré esta última, la más amarga, aunque me rompa el corazón. No deshonraría este amor tan digno que ha nacido en mi interior con ningún pensamiento pueril, ni ninguna palabra, ni ningún hecho. Prefiero haberte querido y haberte perdido a que mi vida hubiese seguido siendo ese vacío que era antes. Al menos por una vez en los años desaprovechados que se me han escapado, he visto toda la belleza del mundo y he conocido la esperanza. Por una vez he sabido lo que era sentir mi lento pulso acelerarse por una viva ambición. El mundo que tan bello era se ha oscurecido de nuevo; la esperanza que brilló como el sol se ha ido; la intrépi-

da ambición ha muerto. A pesar de esto, lo repito, prefiero haberte querido y quererte, adorarte con una devoción más que oriental, depositar toda mi vida, que vale la pena vivir, sobre este altar sin esperanza, que ninguna llama de amor conseguirá prender. Si tan sólo pudieras...

Pero ya basta. Lo he dicho únicamente empujado por el impulso que *conduce* a los hombres a hablar de grandes calamidades que les han sucedido para, de esta forma, aliviarse. No lo he dicho para hacerte daño. Las palabras ya están pronunciadas y han llegado a unos oídos clementes. A partir de ahora, por tu bien, prohíbo a mi lengua y a mi pluma que las vuelvan a repetir.

Así que, de ahora en adelante, sólo pido que me permitas hablarte con el amor que un hermano siente hacia su hermana. Te pido que de vez en cuando me escribas, como le escribirías a un amigo que sabes que haría todo lo que estuviera en su mano para ser digno de tu amistad; o a un hermano que sabes que defendería el honor de su hermana tanto como el suyo propio, para quien sus deseos serían su ley y que daría prioridad a sus opiniones puras frente a su ciega sabiduría mundana. Yendo a la deriva como voy ahora, y sin timón, mi viaje no promete nada bueno; pero mientras el acogedor faro de tu amor fraternal brille, aunque sólo sea débilmente, entre la niebla y las brumas, nunca perderé la esperanza. No defraudaré tu confianza hablándote en futuras cartas de este amor muerto cuyo réquiem he estado cantando. No, no te ofenderé. No te malinterpretaré.

Mi honorable hermana, ¡eres tan buena y tan hermosa... y estoy tan orgulloso de ti! Aunque sea pequeño, hazme ese hueco que me has prometido en el gran corazón que tienes, y si algún día dejo de merecerlo, ¡seguiré siendo el vagabundo sin hogar que soy! Si tú y la vieja Fairbanks sólo vais a reñirme y a censurarme, me abriré camino en este mundo, sin tener miedo a nada. Escíbeme *algo* de vez en cuando, textos del Nuevo Testamento si no se te ocurre

otra cosa, o disertaciones acerca [del pecado]^[1] de fumar, o fragmentos de tu Libro de Sermones; cualquier cosa, *lo que sea*... El pensamiento de que mi incomparable hermana lo haya escrito será suficiente. Si fuera una recomendación, la consideraría; si fuera una orden, cumpliría con ella; si fuera una instrucción, la obedecería o [me partiría mi fiel cuello] agotaría mis energías intentándolo.

Y ahora, adiós, mi preciada hermana... y que todos los pesares a los que estás predestinada caigan sobre mi loca cabeza, que se alegraría y se enorgullecería mucho de sufrirlos en tu lugar. Te dejo con los ángeles guardianes, porque, siendo una hija de la tierra como eres, están por todas partes en el aire que te rodea. Están contigo siempre.

Sinceramente y con cariño
SAML. CLEMENS



ST. LOUIS, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1868

Mi honrada hermana: no encuentro palabras para decirte lo muy agradecido que estoy por la gran generosidad y la atenta consideración que te han inducido a hablar con tanta dulzura, cuando podrías haber causado un daño muy profundo. He deseado con todas mis fuerzas recibir una respuesta tuya, y sin embargo lo temía, porque no me parecía posible que, dadas las circunstancias, pudieras escribirme una carta sin hacerme daño, por mucho que intentarás evitarlo. Pero lo has hecho. Ha sido casi un milagro. Por tanto, ¿acaso es extraño que esté agradecido?

Y te doy las gracias por la agradable sorpresa que me has dado con la fotografía; no puedo expresar hasta qué punto te lo agradezco, aunque nunca te he culpado ni lo más mínimo por haberla ocultado [antes] anteriormente. Nunca lo habría imaginado, porque entonces creía, y sigo creyendo, que todo lo que hagas está bien. Así que, ahora que has prescindido de esta justa y correcta norma de conducta para darme esta satisfacción, sé que lo has hecho por voluntad propia y que has enviado el regalo sin renuencia ni recelo. Sabes muy bien lo mucho que te venero, hermana, como para temer que algún día tengas alguna razón para arrepentirte de haber infringido la ley.

Me dices: «Rezaré por ti cada día». Nunca me han dicho nada que me emocionara más que estas palabras. Han vuelto a mi mente una y otra vez; y he estado pensando, pensando, pensando, hasta llegar a la conclusión de que sería muy poco hombre si continuara por el mismo camino imprudente mientras tú rezas por mí; si demostrara falta de respeto, de valor, de veneración, mientras alguien expresa las necesidades de una persona como yo en la majestuosa presencia de Dios. [No había pensado en esto antes] Te ruego que sigas rezando por mí, pues tengo, en cierto modo, la ligera y remota impresión de que *no será* completamente en vano. Por una parte, al menos, no debería ser en vano, porque voy a mejorar tanto mi comportamiento que cada día que pase seré *más digno* de tus oraciones, de tu buena fe y de tu preocupación fraternal. Es más (me ha costado mucho decidirme a decirte estas serias palabras que, una vez dichas, no podrán ser retiradas), «rezaré contigo», como me has pedido; y además con tanta fe y tanto ánimo como pueda, por muy débiles y sin valor que puedan ser estos rezos. Me resulta bastante extraño... esta veneración, esta solemnidad, esta súplica; y sin embargo, seguro que tú confías en que no tiene por qué ser inútil, de otro modo, no lo habrías propuesto. Tú no hablas a la ligera. (Como puedes ver, no creo que hayas escrito «con demasiada seriedad»).

Sentí mucho que Charlie no pudiera seguir hacia el Oeste conmigo, pues es un buen compañero de viaje, y si tiene algún rasgo indigno en su naturaleza, la parcialidad nacida del viejo compañerismo no me ha permitido verlo. La Sra. Fairbanks estuvo muy orgullosa de él la noche de la recepción que tuvo lugar en su casa. Pero ahora me alegro de que no viniera a St. Louis. Aquí no habría tenido ni un momento de descanso (yo no lo tengo), y es una ciudad miserable, llena de humo y sucia en la que hay que andar corriendo de un lado a otro. Me reclaman desde el Este. Tengo que poner fin a mi visita aquí en enero. Me voy el

jueves; el 24. Me quedaré en Chicago y en Cleveland, y también deseo hacer un alto de un día y una noche en Elmira (el lunes 28), si tus puertas siguen abiertas para mí y si no has reconsiderado tu amable invitación.

Me temo que no esperabas tener noticias mías tan pronto; pero aun así, perdonarás esta carta, ¿no es así? Ten en cuenta, mi indulgente hermana, que al fin y al cabo yo soy el único ofendido. Buenas noches. ¡Que la paz propia de lo bueno, de lo justo y de lo hermoso te acompañe siempre!

Ésta es la oración de alguien que está orgulloso de escribir:

Tu afectuoso Hermano
SAML. L. CLEMENS



Por favor, enviar a
«EVERETT HOUSE, UNION SQUARE, NUEVA YORK»
28 DE NOVIEMBRE [DE 1868]

Mi querida, queridísima Livy: Cuando anoche me encontraba a gusto en el vagón (Dan^[2] acaba de volver de desayunar y estoy viendo que dentro de cinco minutos va a regresar y me va a interrumpir)... Cuando anoche me encontraba a gusto en el vagón, me dije a mí mismo: «Ahora no importa lo que los demás puedan pensar, yo creo que soy el más dichoso de todos los hombres de la tierra, he conocido la felicidad suprema durante dos días enteros y ahora debería estar preparado y dispuesto a prestar un poco de atención a algunas obligaciones ineludibles, y hacerlo con buen ánimo». Por lo tanto, decidí preparar esta conferencia tranquilamente, sin apuntes, y así grabarla en mi memoria y en mi entendimiento para no rendirme en el futuro, como pensé que había ocurrido en Elmira. Pero no había calculado el precio de un propósito como éste. Nunca antes una conferencia había estado tan llena de paréntesis. Era Livy, Livy, Livy, Livy, de un extremo a otro. Había una frase del Vándalo^[3] por cada diez frases sobre *ti*. ¡La insignificante conferencia estaba oculta, perdida, abrumada y sepultada bajo un universo sin límites de Livy! Lamenté no haber tomado jamás una decisión tan temeraria por temor a

que fuese imposible lograrlo. Sin embargo, habiéndolo *hecho*, *debía* seguirla hasta terminar, y eso *hice*. Pero era bastante tarde esa noche. Luego, con la conciencia limpia, *recé*, y con buen corazón... pero fue sólo cuando *recé* por ti cuando la inspiración tocó mi lengua. Seguro que te reirás imaginándome a *mí*, rezando por *ti*; yo, que siempre he necesitado las oraciones de todos mis buenos amigos, rezando por ti, quien seguramente no necesita las oraciones de nadie. Pero no importa, Livy, la oración fue honesta y sincera; por lo menos fue eso, y sé que fue escuchada.

Dormí *bien*, y al despertar tú fuiste, por supuesto, mi primer pensamiento, y lamenté mucho no verte en el desayuno. Espero y confío en que tú también hayas dormido bien, porque la última vez que te vi, cariño, estabas tranquila y en paz. Necesitabas descansar y lo sigues necesitando, pues últimamente has estado muy tensa y agobiada por pensamientos conflictivos. Podía verlo, querida, aunque intenté con todas mis fuerzas pensar que mi ansiedad estaba engañando a mis ojos. Así que, por un momento, aleja de ti todas las reflexiones confusas, todas las dudas y los miedos, Livy, porque temo, temo, *temo* que me digan que enfermas. Ni aun restándote un poco de tu fuerza podrías enfermarse, pero debes recordar que incluso a la naturaleza más robusta le costaría resistir frente al asedio de días y noches sin dormir y sin comer como el que acabas de sufrir. No te estoy hablando como si fueras una niña pequeña y débil, pues, al contrario, eres una *mujer* decidida, valiente, sin tonterías ni infantilismos. Lo que estoy intentando evitar es que tengas pensamientos y presentimientos que te inquieten. Estos pensamientos *deben* aparecer, pues son *naturales* para las personas que tienen cerebro, sentimientos y una apreciación justa de las responsabilidades que Dios les ha dado; así que *tú* debes tenerlos... Pero como dije antes, mi queridísima Livy, modéralos, *modéralos*; *tú* tienes que ser la dueña y no *ellos*. Tienes que estar alegre, siempre alegre, para ello puedes *pensar* con más serenidad, con

más calma y rectamente. Dejo mi suerte, mis alegrías y mis penas, mi vida, en tus manos y a tu merced, con una confianza, con una certidumbre y con una permanente sensación de seguridad, que nada puede debilitar. No tengo miedos; ninguno. Creo en ti, del mismo modo en que creo en el Salvador en cuyas manos están nuestros destinos. Tengo fe en ti, una fe tan pura e incondicional como la fe de un devoto hacia el ídolo al que adora. Porque sé que, llegado el momento, tus dudas y tus preocupaciones desaparecerán, y entonces me entregarás todo tu corazón y ya no desearé ninguna otra cosa en la tierra. Valoro ese día más que cualquier regalo terrenal, más aún que tu preciado amor, lo disfrutaré, satisfecho y feliz. No me siento agobiado; estoy agradecido, agradecido, indescriptiblemente agradecido por el amor que ya me has dado. Me has coronado, me has elevado al trono, me has dado un cetro. Me siento con los Reyes.

¡Cuánto, cuánto, cuánto te quiero, Livy! Todo mi ser está impregnado, renovado, fermentado con este amor y cada vez que respiro, su noble influencia me convierte en un hombre mejor. Y entonces seré *digno* de tu inestimable amor, Livy. Éste es el feliz cometido de mi vida, la ambición más pura y la más sublime que he conocido jamás; y nunca, nunca me desviaré del camino marcado para mí, mientras la meta y tú estéis ante mí. Livy, no podría decirles a tu padre y a tu madre lo mucho que les quiero, y lo cruel que me pareció llegar al abrigo de su confiada y generosa hospitalidad, e intentar robarles el sol de su firmamento doméstico y privar a su hogar celestial de su ángel. No podría decirles en qué gran medida (y aun así esto es muy poco en comparación con la realidad) he valorado y sigo valorando la enorme bendición que me han concedido. No podría expresar lo muy agradecido que he estado, lo mucho que les he querido por pararse a escuchar mis súplicas cuando podrían haberme reprochado mi traición y haberme echado, desgracia bien merecida. Llamo a estas cosas por su nom-

bre, Livy, porque sé que debería haber hablado con ellos mucho antes de haberlo hecho contigo; y aun así, mi propósito no era para nada *recriminable*, no había nada intencionada ni deliberadamente turbio o deshonesto, podría afirmarlo en el tribunal supremo del Paraíso. Tú sabes que desdeñaría hacer algo vergonzoso; tú lo sabes y lo mantendrás, pues hasta ahora ningún amigo me había defendido con más fidelidad y valentía que tú, tú, ¡tú, Perfección! ¡Ah! ¡Qué «ingenuo» soy, y cuánto me gusta ser tan «ingenuo»! No podría contarles estas cosas, Livy, pero si fuera necesario, sé que tú sí podrías. Es más, siempre podrías decir, con toda confianza, que me he movido por los «recovecos» del mundo, he atravesado sus ramificaciones de punta a punta, lo he registrado, lo he explorado, lo he mirado con lupa, y lo conozco, en profundidad y de un extremo al otro; sus locuras, sus engaños, sus vanidades; todo por *experiencia* personal y no por elegantes *teorías* sacadas de bonitos libros de moral en lujosos salones donde la tentación nunca se presenta y es fácil ser bueno, mantener el corazón cálido y los [abundantes] mejores impulsos frescos, fuertes e im-polutos. Y ahora sé cómo ser un hombre mejor y el valor que eso tiene, y cuando digo que lo seré, ¡es lo mismo que jurarlo! ¡Ahora!

Adiós, Livy. Eres tan pura, tan grandiosa, tan buena, tan hermosa... ¿Cómo no voy a quererte? O mejor dicho, ¿cómo podría dejar de *adorarte*, mi pequeña y amada inspiración? ¡Si tan sólo pudiera verte! Ojalá pudiera. Escríbeme *inmediatamente*. No esperes ni un minuto. Nunca estás fuera de mis pensamientos durante el día, ni por una fracción de segundo y tengo tantas ganas de tener noticias tuyas... ¡Ah! Bueno, supongo que daré una conferencia sobre ti a esos piratas de Roundout^[4]; pobres seres confiados que todavía creen que les voy a hablar del Vándalo. Pero así es la vida. Y escribe sólo hasta que empieces a sentirte cansada, pero ni un momento después, mi incomparable Livy, pues te quiero demasiado como para desear que [te can-

ses] te aburras escribiéndome, aunque sea para complacerme.

Dime el nombre de ese libro que me ibas a prestar, Livy, para que pueda comprarlo. Enviaré esos libros a través de Ed^[5], si soy capaz de encontrarlo.

Hace un rato, en el desayuno he visto a un viejo amigo (el ex Gobernador Fuller) y me hizo llegar muchas críticas de la conferencia que dicté en Nueva York hace 18 meses. Yo te culpo de ello, ¿por qué no debería hacerlo? Aquella vez la sala estaba abarrotada, pero no era mi popularidad la que la había llenado, sino el esfuerzo de mis amigos. Ellos lo organizaron todo: lo idearon, lo planearon y lo llevaron a cabo con éxito. Si existe algún hombre que pueda estar orgulloso de sus amigos, ése soy yo, tu servidor. La crítica del *Tribune* es de Ned House, quien es considerado como el crítico dramático más ilustre de los Estados Unidos.

Adiós, Livy. Todo este tiempo me he sentido como si estuvieras aquí conmigo, casi; y por momentos, como si pudiera verte de pie a mi lado. ¡Pero has desaparecido! Echo de menos una amable presencia; una gloria se ha ido de mi lado. ¡Escucho una voz amada, busco un querido rostro, acaricio el aire vacío! Que Dios te bendiga, mi vida. Adiós; te envío miles de besos; envíame tú alguno, por favor.

Con muchísimo amor, Tuyo
Para siempre
SAMUEL

P. D. ¡Te quiero muchísimo, Livy!

P. P. D. Adjunto un [ferrotipo] daguerrotipo; ¿no ves lo suaves, ricas y expresivas que son las luces y las sombras, y cuán *humana* es toda la imagen? Livy, si no me puedes conseguir la imagen de la porcelana, consigue por favor un daguerrotipo para mí. Esta pequeña colegiala tan guapa de

16 años es la hija del Gobernador Fuller; Fuller me la ha dado esta mañana. Nunca había visto a esta joven excepto una vez, en una fiesta en Brooklyn hace poco tiempo, y entonces la dejé petrificada proponiéndole con una gélida seriedad (justo después de que nos presentaran), un beso «porque conocía a su padre». A él le hizo mucha gracia la broma (porque me conocía bien desde hacía mucho), pero a *ella* no le hizo ninguna gracia.

P. P. P. D. ¡Livy, cuánto, cuánto, *cuánto* te quiero, cariño! Escíbeme inmediatamente; ¡*hazlo!*

Si cualquier familiar pregunta por mí, dale recuerdos afectuosos de mi parte; y por favor, transmíteles al Sr. y a la Sra. Langdon mi cariño y mi respeto. Ellos saben que soy sincero, independientemente de lo que ocurra con nosotros dos. ¡Te quiero, Livy!

Livy, ¿vas a venir a Nueva York este invierno?

¡Te quiero, te quiero, te *quiero*, Livy!

PPPPP. D. Livy, ¡cuánto te *quiero!*



[NUEVA YORK,
ALREDEDOR DEL 1 DE DICIEMBRE DE 1868]

... [Rondout y] Newark [y uno o dos] otros lugares, me dirijo hacia el Oeste, para dictar 21 conferencias a 100 dólares cada una (empiezo el 23 de diciembre en Detroit, Michigan y termino en alguna ciudad de Wisconsin, el 18 de enero) tras las cuales he prometido predicar en Nueva York para la Fundación de los Bomberos. Le habría mandado a mamá algo de dinero, pero Dan se ha ido a casa (es mi banquero).

Ahora... *Privado*. Guárdalo sólo para ti, hermana, no lo comentes con *nadie*, sin excepción. Puedo confiar en ti. Quiero... *Adoro* a Olivia L. Langdon, de Elmira; y ella también me quiere. Cuando esté asentado para siempre, cuando sea un cristiano, y cuando haya demostrado tener un buen carácter, ser estable y responsable, sus padres retirarán sus objeciones y podrá casarse conmigo; digo *podrá*, pero quiero decir *debería*. Si un día dejo de intentarlo, la tierra dejará de girar y el sol de recorrer su acostumbrada trayectoria. La tranquila, reflexiva y crítica Sra. Fairbanks dice que no existe pareja para ella en la tierra, y la tranquila, reflexiva y crítica Sra. Brooks de Nueva York dice lo mismo; lo apruebo con todo mi corazón. Las dos me han dicho con sinceridad que ni yo ni ningún otro hombre es digno de ella